

Religión y Racismo en Latinoamérica

Eduardo Mendieta

Universidad del Estado de New York, en Stony Brook

Hay oposiciones y conjunciones que solo se articulan desde una metodología específica. Estas mismas son impensables si procedemos con los métodos tradicionales. Esto es el caso con la conjunción: religión y racismo. Anteriormente, en el primer volumen de al *Enciclopedia Iberoamericana de la Religión*, trate la religión, no directamente, pero tangencialmente desde el reto de la pluralidad de líneas de aproximación. La religión se puede tratar como un reto historiográfico, es decir, como una cuestión de cómo narrar su historia e historicidad. También se puede aproximar desde la óptica de cómo la religión esta relacionada a el problema de la racionalidad, es decir de la racionalidad de sus instituciones tanto materiales como conceptuales. Otra perspectiva que se nos impone es la de cómo la religión constituye ese punto ciego en el horizonte de visión propio de la sociología misma, es decir como la religión se convierte en un *litmus test* donde la teoría social confronta su problema mas intratable. A estas diferentes líneas de aproximación asigne nombres y tradiciones socio-filosófica. Por razones enteramente personales, es decir, razones que están atadas a mi alcance intelectual, ligué la cuestión de la historiografía de la religión con la articulación que Richard Rorty hizo de los diferentes géneros de la historiografía de la filosofía, lo cuales trasladé al ámbito de la religión. La cuestión de la racionalidad de la religión la ligué al nombre de Habermas, y su problemática de la modernización y la evolución, o desenvolvimiento de tipos de racionalidad. La última línea de aproximación la ligué al nombre de Niklas Luhmann, y la tradición funcionalista y de teoría de sistemas que inmediatamente se asocian con su nombre. En este texto demostrare como es indispensable optar por una metodología diferente si queremos entender cual es la relación entre la religión y el racismo. A la misma vez, quiero demostrar como esta metodología debe ser modificada y despojada de sus provincialismos, fobias, y cegueras. La metodología a la que me refiero es la genealogía, y en particular me refiero al tipo de genealogía que Michel Foucault artículo en su trabajo. De lo que se trata, entonces, es de articular una genealogía de la religión, y un a genealogía del racismo. Empezare con una articulación breve de la genealogía y la arqueología que Foucault asocio a la primera. Luego relacionare la genealogía a la religión y el racismo. En último lugar demostrare como esta se hace fructífera e indispensable cuando nos empeñamos en desarrollar una genealogía de la religión y racismo en Latinoamérica.

Genealogía

Etimológicamente, y al nivel mas elemental, podríamos decir que la genealogía es el estudio de la génesis de nuestros modos de pensar, o worldviews, Weltanschauungen. La genealogía no es, sin embargo, una filosofía de los orígenes, como Adorno acusa a Heidegger. La genealogía trata de excavar los orígenes de nuestros epistemes, o paradigmas conceptuales, no para mitigar el escepticismo y descontento con nuestras

instituciones, pero si para demostrar su vulnerabilidad y historicidad. La vez, y principalmente, la genealogía trata de hacer visible lo que no se puede ver, y hace esto trazando el nadir del horizonte. Una vez que los límites de algo se han dibujado, y la cartografía del episteme yace en frente de nosotros, lo impensable empieza a perfilarse no como lo inconocible en sí mismo, pero lo que no puede conocer, e inclusivamente concebir, mientras nos mantengamos suspendidos o atados a un lugar específico. La genealogía entonces es una *crítica de razón impura*, o más específicamente, es una investigación trascendental. Es decir, la genealogía, trata sobre las condiciones de posibilidad, no estrechamente concebidas como condiciones epistemológica e inclusive antológicas, pero más ampliamente, como la condición de posibilidad de una forma de pensar, vivir, y poder concebir algo como algo. La genealogía, como la fenomenología, empieza con lo que es más evidente, es decir empieza con lo que es más íntimo y familiar, con los instrumentos y prácticas de la vida cotidiana. Por esta razón, como Foucault hizo explícito en muchos lugares, la genealogía es simultáneamente una arqueología, es decir una excavación desde la superficie de lo cotidiano hacia lo profundo de los fundamentos de los instrumentos, prácticas e instituciones dentro de las cuales residimos. Vivir es habitar, y siempre habitamos recintos que son prácticas y hábitos, es decir formar de comportarnos y tratar, de manejar y lidiar. Antes que el mundo se convierta en un texto y en un museo de artefactos desechados y ya no usables, es primeramente y primordialmente un régimen de prácticas, un habitus, un hábito o forma de comportamiento. Esto es lo que la genealogía investiga: los orígenes de nuestros epistemes en estas prácticas o modos de comportamiento. El pensamiento es un hábito. El *logos* es un habitar, un *habitus*. Y todo *habitus* siempre secreta una armadura, una infraestructura que se convierte tanto en su vehículo como en su resultado.

Hasta el momento he discutido la genealogía generalmente, en la forma más amplia posible. Ahora lo are más específicamente, y con más detalle. La genealogía, auxiliada por la arqueología, nos permite indagar las condiciones de posibilidad de nuestros epistemes, o vistas del mundo, desde tres diferentes pero indisolublemente ligados niveles. Primeramente, la genealogía es una genealogía de *instituciones*. En el caso de Foucault, y como ya estamos familiarizados, sus ejercicios genealógicos trataron de la prisión, el manicomio, el hospital. Toda institución, sin embargo, es susceptible de un análisis genealógico. Un segundo nivel de análisis es de objetos y verdades que requiere esas instituciones y espacios sancionados por toda una armadura conceptual. Las verdades no se descubren, se inventan, y estas son inventadas tanto por las instituciones que las producen como por los discursos que legitiman estas instituciones. *La genealogía es un investigación trascendental que trata de descubrir las condiciones de posibilidad de la producción de ciertas verdades*. Un ejemplo: ¿que verdad es delatada o vislumbrada por nuestras preferencias sexuales? ¿Que verdad liga nuestro deseo con el cuerpo, y el cuerpo con la carne, y la carne con nuestra alma, y nuestra alma con la habilidad de ser de una u otra forma? En un tercer lugar, la genealogía nos permite analizar y excavar los orígenes de sistemas de pensamiento, de epistemes, de paradigmas. Por ejemplo: Sigmund Freud y todo el sistema psico-analítico esta ligado a una perspectiva conceptual que es tanto sincrónica como diacrónica: que une la ontogénesis individual con la filogénesis social, que liga la vida pública con la privada, que ata el deseo a la frustración cotidiana, que

desplaza la pugna de la alma contra el mal y el pecado hacia una batalla del deseo con la socialidad. Podríamos ofrecer caricaturas similares de Karl Marx y Charles Darwin. La genealogía, entonces, nos permite investigar instituciones, verdades, y discursos.

Esta forma de presentar la genealogía como metodología no es tan precisa como podría ser, y mas importantemente, esta forma oculta el carácter dinámico tanto del método de cómo lo que investiga. La instituciones, sus verdades, y los discursos que justifican, e hacen indispensable estas verdades e instituciones, siempre están en proceso de transformación, modificación, renovación y transmutación. Por esta razón, fallamos y pensamos que la genealogía es una metodología de discontinuidades, que ara las zonas de las rupturas para precisamente señalar las brechas y abismos. No, la genealogía es un método que da atención a las áreas de discontinuidad y las brechas epistemológicas y conceptuales para demostrar la continuidad en la discontinuidad. Que la discontinuidad es pensable solo dentro de un continuo que es transformado. Pero lo más cuestionable de la descripción anterior es que oculta el elemento dinámico y agónistico, para usar ese termino en el sentido Arendtiano, donde hay una perpetua confrontación entre fuerzas, fuerzas de dominio y fuerzas de resistencia. Solo hay poder donde hay fuerza para subyugar, pero solo hay subyugación si hay oposición. El poder, aquí, no es un *prius*, algo puro y antecedente al encuentro, al posicionamiento dentro de un horizonte de instituciones, verdades, y discursos. El poder circula, es ejercido, es transmitido, es potenciado por sus condiciones de posibilidad. Por eso, la genealogía es siempre una análisis de la condiciones de posibilidad del poder. Pero el poder es siempre el nombre de una abstracción, que abstrae precisamente de esas relaciones que se hacen posibles por ciertas instituciones, verdades, y discursos. Para hacer mas evidente como la genealogía como metodología es dinámica, y siempre apunta al corazón del poder, de los regimenes que producen poder, el cual produce sus verdades, debemos hablar de técnicas de producción, de significación, y de dominación. La genealogía, entonces, investiga las condiciones de posibilidad de nuestras formas de pensar, concebir, e imaginar, a través de una investigación de las diferentes técnicas de producción de verdades y objetos de verdades, técnicas de significación, y técnicas de dominación.

Una ultima clarificación metodologica. Una de las virtudes más importantes del método genealógico, una virtud que de hecho Foucault siempre celebro, es que nos permite circunvalar las paradojas y aporías del sujeto. Sucintamente, la genealogía nos permite pensar no desde la prioridad y anterioridad del sujeto, sino desde su posterioridad, desde su producibilidad. El sujeto no es un *prius*, algo ya dado. El sujeto es siempre producto. Lo que la genealogía nos permite descubrir inmediatamente es que el sujeto es siempre producido por esas técnicas de producción, significación, y dominación que se excavan y catalogan como discursos, verdades, e instituciones. Si la genealogía es siempre una genealogía del poder, también es siempre una genealogía del sujeto. Si la genealogía es una genealogía del técnicas de producción del poder, también es una genealogía de la sujeción, de la subjetivazion, de las técnicas a través de la cuales somos producidos como sujetos que deben y pueden conocer, desear, y sufrir. La genealogía, entonces, es una investigación de las tecnologías del sujeto, de lo que el ingles se llama, *the self*, donde esta refiera a un capacidad de relacionarnos a nosotros mismo, pero siempre, a través de

la mediación de otros. El *self* es el otro en nosotros. El *self*, es el yo, como el *alterego*, o *ueber-ich*, en nosotros. Todo esto es indispensable para ver como la genealogía nos permite entender la religión en formas que creo son tan fructíferas como insólitas.

Religión y Racismo

La religión es una tecnología política que condiciona tanto el horizonte de lo social como el horizonte de la subjetividad. Las tecnologías, sin embargo, siempre se dan en el plural. Esto en lo mas mínimo es lo que nos permite anticipar una genealogía de la religión. Pero para no dejar malos hábitos, debo hablar con mas precisión de las genealogías de las religiones, y mas específicamente de la genealogías de la diferentes tecnologías políticas. Cuando se habla de lo político, se habla precisamente de esos hábitos de comportamiento y estructuras sociales que condicionan lo que se puede y no se puede hacer. Lo político siempre señala en la dirección de lo agonístico, de la ágora, del espacio donde somos testigos de las confesiones de otros y nosotros mismos. Estas formas de hablar sobre la religión ya estaban implícitas en todo lo que se dijo anteriormente. Una técnica, una tecnología es siempre un hecho, un evento político. No solo por que siempre se requiere de cierta fuerza que circula como poder para que se constituyan y den forma y permanencia a ciertas formas de convivir y habitar, pero principalmente por que toda tecnología se convierte en el vehículo, en el medio conductor, que transmite la fuerza como poder. La religión es quizás una de la tecnologías de poder mas importantes, sino las mas importante, en el Occidente.

La religión es aquello que, en el lenguaje de la etimología, nos liga, pero simultáneamente separa, de otros, y de lo trascendente, en el sentido de lo metafísico. La religión es aquello condiciona una relación interna y subjetiva, como también externa y objetiva. La religión nos permite estudiar en gran detalle como todo régimen conceptual, como todo episteme, y paradigma, condiciona ciertas formas de relación subjetiva y relación social, ambas siempre mediadas por verdades producidas. La religión como tecnología política, la tecnología política par excellence, nos permite ver como todo *Weltanschauung*, es una tecnología de producción, de significación, y de dominio. Es decir, la religión es siempre un conglomerado de instituciones, de objetos y verdades, y de discursos. Todos estos, en su sincronía y diacronía sinérgica, producen un mundo en el cual solo ciertas verdades son admisibles, y otras ni siquiera concebibles. La virtud singular que hace de la genealogía un método absolutamente ideal para el estudio de la religión, es que nos permite considerar como el sujeto, *the self*, es producido. La religión es una tecnología para la producción de ciertos tipos de subjetividad, de la incorporación del otro en nosotros. *La genealogía nos permite entender como es que el alma es la prisión del cuerpo, y como es que la piel confiesa al alma, en tal forma que la piel y el cuerpo siempre anuncian las verdades que nos constituyen como sujetos.* Si el cuerpo es una tecnología de la corporalización, encarnación, o materialización corporal, de sujetos, entonces la piel es el la superficie donde lo social toca lo subjetivo, el lugar donde lo social se subjetiviza. *La piel es la subjetividad del cuerpo, como anuncia Foucault. La piel es donde me toco, cuando toco al otro, pero solo si toco al otro.* La piel es donde me toco desde mi subjetividad, desde la cual me veo pero desde el otro. La piel es cuerpo trémulo

por que es subjetividad encarnada. Pero si el cuerpo es producido, la piel también es producida. Es en la superficie del cuerpo, en la piel, donde descubrimos mas explícitamente como la subjetividad también es producida, y en particular como es producida por tecnologías de subjetivización, que son simultáneamente técnicas de corporalización.

Si la religión es una tecnología política, lo es por que es una tecnología de la producción de sujetos, una técnica de la subjetivización que es a la vez una técnica de la encarnación y producción de la piel. La religión produce la piel del sujeto, y produce esta piel en ciertas formas, como carnalidad trémula, como piel que delata su deseo, su pecado, su vergüenza, su soberbia. La piel es donde el deseo del otro nos traiciona, y donde nuestro deseo traiciona al otro. La religión es entonces, en forma totalmente directa y explicita una técnica de la producción de la piel, de esa superficie y región donde lo social toca lo subjetivo, donde la subjetividad se encarna, y toca lo social desde dentro. Pero todo esto ya lo sabemos, no epistemológicamente, pero como habito, como un *habitus*, como una forma de comportamiento: si no nos tocamos allí, si no miramos allí, no es por que no sepamos que es ese allí, que yace allí, pero por que ya sabemos muy bien que sucederá si tocamos y vemos aquello. Sabemos muy bien ya que la religión regimenta nuestros cuerpos, pero no entendíamos que es por que la religión produce nuestras pieles, esas zonas donde nos encontramos como otros y con los otros. Es precisamente aquí donde podemos hacer la transición ala problemática del racismo.

El racismo produce la raza, y la raza es el detritus de prácticas de racialización. El racismo es una tecnología política que registra la introducción de nuevas técnicas de producción, significación y dominación de sujetos. Por el momento solo podemos formular como tesis sin poder ofrecer suficiente justificación y comprobación, la siguiente afirmación acerca de la religión y el racismo: el racismo extiende, transforma y agudiza la religión como tecnología política. El racismo es parasitico de la religión, pero a la vez inaugura una nueva religión: la religión del cuerpo como objeto científico. El racismo, sin embargo, no solo agudiza y hace mas sofisticadas las tecnologías de sujeción, pero también las técnicas de dominio social. El racismo es una tecnología política que invierte la verdad de que el alma es la prisión del cuerpo; ahora es el cuerpo la prisión del alma. El racismo produce las técnicas que hacen posibles que el cuerpo se convierta en la prisión del alma, pero de esta como secularizada, biogilizada, cientifizada. De hecho, el racismo permite la secularización del alma. ¿Que es el alma una vez que esta se ha pasado por el filtro de la modernidad? Es la subjetividad como capacidad cognitiva, es la capacidad de verdad como índice de inteligencia que se puede medir en el tamaño del cráneo, el peso de cerebro, el ángulo de la nariz, la altitud de los pómulos, el tamaño del órgano sexual, el color de la piel. El racismo es una tecnología política que permitió la secularización de sujeto Cristiano en el sujeto moderno. El racismo es el reverso del dualismo Cartesiano que anuncia el descarnamiento del ego cognitivo. El uno oculta al otro, el uno es la cuartada del otro. Como tal, el racismo es indispensable para la modernidad. De hecho, el racismo es un *sine qua non* de la modernidad. No hay paso a modernidad, al menos la Occidental, sin los horizontes abiertos por las técnicas que juntas forman el régimen de la racialización.

Genealógicamente podemos ver como el racismo esta constituido por instituciones, verdades y objetos, y sus discursos. El racismo produce y es producido por la institución de la esclavitud, principalmente, pero también por todas las instituciones que tienen que ver con el control y dominio de poblaciones extendidas por territorios no contiguos – regresare a este punto tan importante posteriormente. Tanto como la religión, el racismo es auxiliar del poder político-militar que hacen posibles imperios y naciones. El racismo produce y es producida por el objeto de la piel, la piel cromática de la raza, la piel como evidencia visible de verdades metafísicas. Pero el cuerpo, la piel, y la raza, como unidad sinérgica de lo biológico, social, y metafísico, delatan las verdades mas profundas de los sujetos. O más bien, estas verdades atan ala alma. Y es así como el cuerpo se convierte en la prisión de la subjetividad. Finalmente, el racismo es producido y produce todos los discursos que legitiman las prácticas de exclusión, de marginalización, de contención, de sujeción y control, que operan a través tanto de una cientificación de la subjetividad como de los métodos de investigación misma (ciencia racializada). El racismo, sucintamente, produce y es producido por todos esos discursos que a su vez se articulan como manifestación de una verdad biológica. El racismo biologiza la historia divina en la verdad de la especie humana. La verdad del alma se convierte en el objeto de la ciencia: el cuerpo como entidad biológica –como unidad singular, pero también como totalidad que agrega la pluralidad en si. El discurso racial nos permite segregar dentro de un continuum biológico la pluralidad de culturas. Todos somos humanos, pero algunos somos más que otros; cada cultura es una expresión de la especie humana, pero algunas son más avanzadas que otras. El discurso racial, el racismo, por tanto nos permite traducir la teleología Cristiana en una teleología biológica, que claramente solo es legible si es leída de adelante para atrás. El racismo, por esta razón, moderniza, transforma, pero extendiendo, la religión, y como esta, podemos ver como el racismo es una técnica de la producción de subjetividades biologizadas, de significación que significa a través del cuerpo biológico pero cientificado, y que es desplegada con la meta de producir efectos de dominio muy específicos. El racismo invierte el dominio sobre la muerte que caracterizo al medioevo. Si el poder del rey era el poder de hacer morir, el racismo hace posible que todos, como multiplicidad totalizada, podamos matar. De hecho, el racismo hace cotidiano el asesinato, sanciona y seculariza el exterminio del otro, el otro como cuerpo y carnalidad racializada. Pero esta inversión del poder del soberano solo es posible si entendemos que el racismo es una tecnología de la producción de la vida. El racismo, por tanto, es el *litmus test* de la modernidad en tanto de que la modernidad es la ascendencia de un nuevo orden, el orden, o episteme, de lo biopolítico. El racismo es el acmé de la biopolítica, es de hecho la primera forma en que la biopolítica se hace evidente como un nuevo régimen político. El racismo es un puente entre la forma del poder del soberano que caracterizo el poderío imperial y el nuevo orden de la biopolítica. Más explícitamente, el racismo permite la transformación de lo que Foucault llamo el poder pastoral, en el poder de la biopolítica. En esta forma, vemos como el racismo fue un catalítico en la transformación de la Cristiandad como tecnología política que aseguro el poder del soberano, en una tecnología política que asegura el poder de la sociedad sobre cada individuo. Esta ultima transformación fue a la vez catalizado por el racismo que permitió transformar el poder pastor en un poder sobre la vida, sobre la vida como

continuo biológico de un pueblo, primero obligación del estado por el bienestar de su pueblo, hasta que se convierte en la higiene social, lo que originalmente en los siglos XVII, y XVIII llevaba el nombre de policía, y *polizeiwissenschaft*.

Pero que es este poder pastoral, que en la perspectiva Foucauldiana diferencia el ejercicio del poder durante la antigüedad y el medioevo, y el ejercicio del poder durante la modernidad. Primeramente y principalmente es un poder que individualiza a la vez que totaliza, o más bien, que hace parte de una unidad. Por esta razón Foucault tituló uno de sus textos más importantes *Omnes et singulatim: towards a criticism of political reason* [que se puede traducir: Cada uno como todos y singularmente: hacia una crítica de la razón política]. Este texto es de fines de 1979, y forma parte de una línea de investigación que preocupa profundamente a Foucault en sus últimos años y que tiene que ver con lo que él llama la *gubernabilidad* de los pueblos. Es en este texto, y textos de este periodo donde Foucault habla más explícitamente sobre el poder pastoral. La figura principal de este poder es la del soberano que como pastor, tiende y cuida un rebaño. Esta forma de poder se ejerce sobre un rebaño, un pueblo, entendido como una unidad de entes vivos, y no sobre un territorio. El pastor tiende a la vida de un pueblo, y no a las fronteras de un territorio. El pastor guía y dirige con la meta de salvar. Su poderío, sin embargo, es siempre basado en la generosidad y el deber. El poderío del pastor es una carga, una imposición que se asume no con placer y por razones personales, pero puramente como deber. El pastor no es elegido, pero asume su cargo. El pastor no tiraniza, pero guía y salva. El poderío del pastor es benéfico y productivo, y es ejercido benignamente y desinteresadamente. Este poder personaliza el soberano a la vez que individualiza cada sujeto. Pero a la vez que aparece personalizar e individualizar el poder del soberano como poder del pastor, el poderío del estado al servicio del soberano es incrementado. Bajo la lógica de hacer posible el tomar cargo de la vida del pueblo, los mecanismos de control, de vigilancia, se hacen tanto indispensables como enteramente justificados. El poderío del pastor, o poder pastoral alcanza su forma más absoluta en el totalitarismo Nazi que trató de vigilar y atender a cada aspecto de la vida del pueblo, inclusive y particularmente a la integridad biológica del cuerpo del pueblo. Aquí ya nos podemos dar cuenta de cómo el poder del pastor es secularizado enteramente por el racismo, pues no hay nada que permita al poder tratar a un pueblo sin referencia a un territorio excepto la raza. La raza es la figura de un pueblo que se entiende como tal, y es visto como tal sin tener que asociar este pueblo a un territorio.

Aquí hay que introducir un hiato. En 1976, después de un sabático en los Estados Unidos, Foucault regresa a su docencia e investigación en Collège de France. En el invierno de 1976 dicta su curso “La Sociedad deber ser Defendida” –que trata sobre los orígenes del racismo. Las primeras dos lecciones fueron publicadas ya a fines de los setenas y se convirtieron en los textos metodológicos más célebres de Foucault pues en estas dos lecciones Foucault básicamente demolió su metodología anterior, y procede a redefinir su método, el cual él llama “genealogía.” Es en este texto donde él articula su crítica más severa a lo que él llama la perspectiva incorrecta de ver toda dominación como un mera represión. El poder no es solo negativo, también es productivo y positivo. Además, no todo el conocimiento es poderío de amo, del que oprime. Hay un conocimiento, que

Foucault llama “conocimientos subyugados” que debe ser rescatado, excavado, y desplegado contra los conocimientos oficiales, los supuestamente legítimos. Estas lecciones proceden a discutir el uso del racismo, de la doctrina de pueblos contra el dominio de reyes. El racismo fue utilizado contra el poder imperial, y como forma de ideología proto-nacionalista que inaugura un poder popular. A la vez, el racismo permite la transformación de la lucha entre pueblos en una lucha dentro de un pueblo. En dos lecciones muy particulares, Foucault procede a trazar una línea filosófica que liga la lucha de pueblos con el historicismo de los siglos XVIII y XIX, y la metodología filosófica del liberalismo político de Hobbes, Locke, y posteriormente, del liberalismo que apoya el estado de bienestar moderno. Sin embargo, y aquí llegamos a la razón por este desvío, las dos últimas lecciones son particularmente importantes por la razón de que si se comparan con el último capítulo del primer volumen de la Voluntad de Conocer, llamado Historia de la Sexualidad. Estas lecciones fueron dictadas y compuestas durante la primera parte de 1976, este volumen fue publicado a fines de 1976. El último capítulo, de hecho, formula la problemática de la biopolítica, pero en general es metodológico y parece no fluir con el resto del texto. He tenido la oportunidad de comparar estas lecciones y este capítulo, y he notado que hay secciones, frases enteras, que son idénticas, excepto por las secciones donde en vez de decir racismo, como en las lecciones verbales, en el texto publicado aparece “sexualidad.” Y esta es la tesis de este desvío, al inicio de la investigación sobre la sexualidad, sobre la relación entre verdad, el sujeto, o la subjetividad, y la sexualidad, esta también, el racismo. Al menos en 1976 la sexualidad estaba estrechamente unida con el racismo. Posteriormente, la investigación sobre el racismo se hace subterránea y es desplazada hacia otras instituciones, otras tecnologías de control. Podemos especular de por qué Foucault abandona esta línea de investigación, pero por el momento quiero derivar dos conclusiones importantes. Primero, que conceptualmente, y cronológicamente, la biopolítica como perspectiva metodológica esta unida al estudio del racismo, como otra cara de la sexualidad, si se entiende la sexualidad como tecnología de la subjetividad mediada por tecnologías de corporalización. Segundo, que Foucault anuncia una línea de investigación que a pesar de todo queda arraigada, y por tanto es parcial, en Francia, y en los siglos XVIII y XIX. Todo esto a pesar que Foucault mismo nota que la biopolítica esta estrechamente unida al proceso de colonización y conquista, procesos e ideologías que luego fueron utilizadas sobre el mismo cuerpo de la nación imperial.

Ahora podemos decir lo que Foucault pudo decir, pero no dijo: al principio de la modernidad, y en particular de la modernidad que establece un nuevo régimen de sexualidad donde vivimos bajo la tiranía de tener que confesar nuestro deseo, y de tener que someter nuestras pasiones al estudio de doctores, la sexualidad esta unida al racismo como portales a la verdad y la subjetividad. De hecho, antes de que la sexualidad pueda ser medicalizada, biologizada y clinicizada, la sexualidad tiene que ser secularizada, tiene que ser eviscerada de todo contenido espiritual. Para que la sexualidad pueda ser objeto de estudio clínico, y se convierta en preocupación de la higiene, lo que la policía atiende y cuida con la dedicación de un pastor que tiende a su rebaño, la sexualidad tiene que ser la esfera donde el destino de un pueblo, su salud, su vitalidad, su herencia y progenitura están en juego. Antes de que la sexualidad pueda ser objeto de estudio biológico y

medico, tiene que ser objeto ideológico. Y es esto lo que el racismo permite. Antes de la sexualidad pueda ser medicalizada, tiene que ser racializada. La raza es el punto de acceso a la salud, higiene, vitalidad, y destino de un pueblo. Foucault no puedo decir esto, no puedo notar esto que es tan evidente por que el era francés y no español.

Ahora retomando el hilo conductor de nuestra investigación, podemos preguntar: ¿Cómo, sin embargo, se produjo esta transformación del poder pastoral en el poder de estado moderno, que es un poder que racializa y que esta basado en una jerarquía racializada? ¿Como se unen en un abrazo infernal y devastador la sexualidad, el racismo, la verdad, y la posibilidad misma de la subjetividad, en tal forma que la subjetividad moderna esta impregnada por la sexualidad y el racismo? ¿Como es que el racismo permite no solo la secularización del alma, pero también la de-espiritualización de la sexualidad, en tal forma de que ambas puedan ser biologizadas y medicalizadas, y como tales hechas objeto y preocupación del estado? Estas preguntas nos permiten enfocarnos geopolíticamente. Y es aquí donde podemos ver como el mundo hispánico, el mundo iberoamericano, puede contribuir a un entendimiento de estas transformaciones.

La conquista y la inquisición.

En los siglos XV y XVI, en el proceso de unificación imperial de la península ibérica, y e proceso de la reconquista, y posteriormente de la expulsión de los judíos, surge una institución que es *sine qua non* para el proceso de la transformación del poder centralizado y ejecutivo de un soberano imperial, a un poder pastoral, que empieza a establecer los fundamentos del régimen biopolítico, y esta es la *inquisición*. La inquisición tuvo la meta de mantener la pureza de la religión, de la creencia, del credo. La función de la inquisición fue de discernir, perseguir y procesar la herejía, toda violación e infracción de la ortodoxia. En el proceso de la erradicación de la herejía y la heterodoxia, la inquisición se convierte en institución de la preservación de la pureza de la sangre. Lo que es un poco sorprendente es que los Foucauldianos no han notado esta gran institución de la transformación de lo religioso en lo secular, de lo espiritual en lo biológico. Si el estudio genealógico atiende a las instituciones, las verdades y objetos, y los discursos que producen estos objetos y verdades, entonces la institución par excellence que nos permite observar con gran claridad el paso del medioevo al paradigma clásico, es sin duda la inquisición. Aquí tenemos una institución que es el *locus classicus* donde el poder eclesiástico se metaboliza paulatinamente en poder secular, donde la razón teológica se cataliza en razón política, donde la burocracia canónica se convierte en burocracia jurídica y posteriormente legalista y liberal. Pero aquí es también donde el pueblo de dios se convierte en el pueblo como unidad racial y biológica, que subyacen al pueblo como unidad política, jurídica, y ejecutiva que conforman las bases para el nacionalismo genocidio de la modernidad. Otro aspecto extremadamente importante de la inquisición es de quien puede ser un agente de ella: ¿Quien puede ser un agente de la discriminación entre la fe verdadera y la fe hereje? ¿Como podemos discernir entre los que son creíbles y confiable, y los que son duplicitos, y no dignos de confianza? El testigo confiable, lo que Donna Haraway llamo “credible witness” –que yace como roca archimedia al principio de

la ciencia moderna--, es una de la problemáticas mas importantes para la inquisición, una problemática que es desplazada y sublimada en la figura de la “pureza de la sangre.”

La segunda institución que si Foucault hubiera sido español, o simplemente hubiera mirado más allá del siglo XVIII, al siglo XVI, es la de la *encomienda*, la cual a veces es confundida con los *repartimientos*. La encomienda fue una institución esencial de la conquista y colonización del nuevo mundo. A través de ella lo que fue también una misión de expansión territorial e imperial es dignificada con el manto sagrado de la conversión. Se tiene que admitir que es extremadamente difícil de distinguir entre la misión evangelizadora y la misión imperial, pues el poder de los reyes estaba ligado a una sanción apostólica y papal, y además, los territorios de la nuevas tierra que habían sido *donamos, concedimos et assignamus*, como dice la bula que asigna jurisdicción a los reyes católicos, impone sobre ellos una misión que debe ser asumida con gran responsabilidad, y la cual es una misión que como bendecida es para el beneficio y glorificación de los Cristianos. Pero lo increíble de la encomienda es que exhibe en forma ejemplar las características e virtudes de lo que Foucault llamo poder pastoral. La encomienda, que empezó como repartimiento, se convirtió en una institución que virtualmente e ideológicamente, en el sentido benigno de la palabra, tenia que atender a, cuidar, educar, evangelizar, salvar, y proveer por los cuerpos y almas de los “indígenas.” La encomienda, adicionalmente, permite la transformación de un proceso de colonización y dominio territorial, en el dominio espiritual de pueblos enteros. Por eso, la conquista no fue solamente y principalmente una conquista territorial, pero quizás más fundamentalmente una conquista espiritual. Dentro de la encomienda, la labor que los indígenas ejecutan tiene la meta de re-educarlos. Esta re-educación incluye que los indígenas abandonen sus propias practicas y costumbres, y que adopten esas de los europeos civilizados, costumbres que incluyen la vestidura, la practica de la propiedad privada, e inclusive el cuando y como de la dispensación del acto sexual. En todo ellos, el encomendero asume un cargo paternal, benigno, y sacralizado, el cual es asumido por el bienestar de las almas paganas a salvar, pero también por la gloria de los españoles y cristianos. Es un deber, una carga, asumida no por razones egoistitas, pero como el simple echo de que un buen cristiano no lo hubiera hecho en forma diferente. Creo que este paternalismo eventualmente fue comunicado y transferido a la institución de la plantación de esclavos, donde el amo no explota al esclavo, pero donde se le educa, cuida, quiere, y provee con las virtudes de disciplina, trabajo, y espiritualidad. La encomienda se convierte en el modelo de muchas instituciones modernas que continuaran operando bajo la sanción y justificación de un paternalismo benigno que tiene como meta la salvación y re-educación de las almas a punto de perderse. Hoy día este paternalismo continua, pero quizás ya sin la justificación ideológica, y por lo tanto en una forma arrogante, imperial, brutal, y sin cualquier mascara, como la plenipotencia de los amos de la democracia y el liberalismo que las exportan e imponen con la bota y la metralla.

Para concluir, brevemente, podemos decir que la inquisición y la encomienda representan dos instituciones que hacen explicito y en forma ejemplar la transición del paradigma del poder ejecutivo e imperial al poder pastoral y posteriormente biopolitico. En estas dos instituciones vemos también ejemplarizados la imbricación entre sexualidad y racismo,

en tal forma que podemos ver como las tecnologías de la producción, significación y dominio condicionan y producen los horizontes tanto mentales como materiales dentro de los cuales sujetos pueden asumir posiciones como sujetos. Finalmente, en estas instituciones podemos observar con gran nitidez la forma en que un discurso y paradigma enteramente arraigado en la teología medieval es lentamente transformado en un discurso científico, biológico, médico, en tal forma que el alma y el espíritu son transformados en la mente y la conciencia. Y por lo tanto es estas dos instituciones que podemos ver sin equivocación como el racismo es interno y esencial a la modernidad, y como la modernidad produce el racismo para someter las gentes y pueblos al dominio de estado y la sociedad, un dominio que es en primera línea un dominio sobre el cuerpo viviente, un cuerpo biológico, un cuerpo que habla la verdad de la raza.